

ct

Libro de la utopía

de
Nieves Rodríguez Rodríguez

(fragmento)

Personajes

MATILDE NIÑA, ocho años / ANA NIÑA, diez años

MATILDE, ochenta y dos años / ANA, ochenta y cuatro años

EL CAPELLÁN / LAS CENIZAS DEL CAPELLÁN

UNA EXCEPCIÓN

Yo (con permiso de Matilde uso la letra cursiva)

Tiempo

El tiempo oscila entre 1945 y 2019, todavía por llegar.

Y en 1977, cuando todo arde...

Y en algún lugar de la memoria.

Lugares

En un Hogar del Auxilio Social (en el aula, la cama, el taller de muñecas, la cocina, el cuarto oscuro...)

Y donde hubo un incendio.

Y donde no se sabe, todavía.

NOTA: Cuando aparece este símbolo / quiere decir que los parlamentos se superponen

[Lo que hay entre corchetes es un pensamiento silencioso]

La * indica un trocito de memoria, un fragmento sustraído...

La † no da lugar a dudas

*Y ahora, por favor, volveos a mí,
que no he de mentiros a la cara.*

Libro de Job, 6:28

*El eterno retorno de las cosas
es bien conocido por los niños.*

Libro de los pasajes
WALTER BENJAMIN

*

*El paisaje hace setenta y cuatro años no era muy diferente.
Desde la colina cercana al pueblo, la vista hubiera recorrido, como ahora, un
panorama modelado por años de guerra y siglos de agricultura: los cañaverales a lo
largo del río, los estrechos viñedos, las casas enmarcadas por árboles de sombra:
pino, laurel y castaño dulce.
Los campesinos molían el fruto de este último para hacer harina, lo llamaban árbol
de pan.
Pero en el corazón descompasado de mil novecientos cuarenta y cinco el pan era un
lujo al alcance de unos pocos.
Desde la colina cercana al pueblo, la vista hubiera contemplado, también, el Hogar
del Auxilio Social.
Y la iglesia imponente.
Y en el muro de la iglesia días grises, niebla de infancia.
Pero hoy, diciembre de dos mil diecinueve, todo es ruina.
Lo que la vista ve ahora es a dos mujeres con una relación hecha de hilos invisibles,
de manos tejiendo una red para la pesca milagrosa, acercándose hasta la verja
principal del Hogar con pasos cortos como de paloma asustada.
ANA y MATILDE.
ANA lleva un bastón.
MATILDE sostiene la mirada en ANA.
Y en el corazón llevan un puño.*

MATILDE
Cierra la verja.

ANA
Matilde...

MATILDE
El patio, mira.
Ahí, junto a esas piedras nos sentábamos.
Una tarde, ya de noche, vimos cómo la sombra del castaño se hacía cada vez más grande en la tapia
de la iglesia.
Más grande y más grande.
Como si el castaño quisiera salir de dentro de sí.

ANA
Me he quedado en blanco...
[He sobrevivido todos estos años aferrada a la esperanza de que se tratara de un error en mi
memoria, de una obsesión, de un simple sueño
Me he esforzado mil veces en convencerme de que era una obsesión, un error
Pero cada vez que intento llevar estos recuerdos al olvido, emergen con más fuerza

Están enraizados en mi mente y han penetrado mi carne como una enfermedad]

MATILDE

La sombra crecía como una enredadera.

Como si quisiera escaparse.

Como nosotras.

¿Cuántas veces pensamos en escaparnos?

ANA

Me tiemblan las manos...

MATILDE

Querías venir aquí para sacarte la mala sombra.

Querías buscar pruebas de nuestro pasado.

Cumples ochenta y cuatro años, Anita.

Es mi regalo de cumpleaños, aunque no el único.

Dijiste que no podías guardar dentro de ti tanto silencio como si fueras una muñeca, que alguien debería escucharnos.

ANA

¿Me vas a hacer otro regalo?

MATILDE

Ya lo verás. Cierra la verja.

El portazo retumba en alguna cabeza o sobre LAS CENIZAS DEL CAPELLÁN que se hacen remolino.

Y al hacerlo deja detenido el reloj de mil novecientos cuarenta y cinco.

*

En el patio, las siluetas de ANA NIÑA y MATILDE NIÑA cobran vida como si alguien las hubiera dibujado allí para siempre.

Sus uniformes grises y blancos apenas se distinguen de la piedra.

Entre ellas una amenaza, una promesa, un futuro incierto.

Y una revelación de algo, para lo que ningún idioma tiene nombre, que les inquieta.

ANA NIÑA

¿Tú crees que hay vida después de la muerte?

MATILDE NIÑA

Sí, pero no como esta.

ANA NIÑA

Pero hay vida, ¿no?

MATILDE NIÑA

No lo sé.

ANA NIÑA

A veces tengo ganas de morirme.

MATILDE NIÑA

No digas eso, Anita.

ANA NIÑA

Cuando salgo del cuarto oscuro, por ejemplo.

MATILDE NIÑA

Yo no me puedo morir porque quiero ser poeta.

Silencio.

ANA NIÑA

¿Tú puedes dormir?

MATILDE NIÑA

Sí.

[Tengo sueños que me invaden en secreto como el agua que llena en silencio un agujero]

ANA NIÑA

Siempre sueño lo mismo.

Sigue la flecha, sigue la flecha, sigue la flecha.

Y en cada flecha un cuarto más oscuro cada vez.

MATILDE NIÑA

Cierro los ojos.

Y hasta que tú no estás dentro de mi cabeza no duermo.

Si estás tú no tengo pesadillas.

ANA NIÑA

A mí hay días en que no me entra nada en la cabeza.

Pero nada de nada.

MATILDE NIÑA

El capellán está ahí, en la ventana, ¿lo ves?

ANA NIÑA

No dejo de verlo.

MATILDE NIÑA

Con sus aspavientos, con su cojera, con su demonio en la boca...

Tenemos que irnos del patio.

ANA NIÑA

Se quedó cojo de niño.

Un día junto a su padre mató a un rojo y la pólvora se le quedó metida en la piel.

MATILDE NIÑA

¿Y tú por qué lo sabes?

ANA NIÑA

Porque lo sé.

¿Nos vamos al taller?

MATILDE NIÑA

Al taller de muñecas, sí.

EL CAPELLÁN con sus nudillos golpea el cristal de la ventana de mil novecientos cuarenta y cinco.

Pero cae la nieve de dos mil diecinueve sobre las siluetas de ANA y MATILDE que avanzan con paso corto.

EL CAPELLÁN desaparece tras el cristal como una sombra.

†

El remolino de ceniza ya es una niebla negra dentro del cuarto oscuro.

Negro sobre negro, así LAS CENIZAS DEL CAPELLÁN queriendo levantarse del suelo ante los ojos imponentes de un Cristo crucificado que mira absorto.

Aquí solo quedan restos de incendio, rumor a parábola vieja, a verbo en llamas.

LAS CENIZAS DEL CAPELLÁN

Ave María Purísima.

Silencio.

Señor tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero.

No es confesión, Señor, lo que vengo a decirte. O sí.

Es desnudo de mi alma.

El cuerpo lo perdí, Señor.

Lo perdí frente a ti.

He oído el chirrido de la verja.

Ha sonado como un disparo, como una palabra robada a la fuerza. Ensordece, ensordece como aquel día en que me subió al palomar de la iglesia en pleno invierno y me preguntó si quería ser francotirador de rojos o cura.

— ¿Qué es un rojo, papá?

En silencio me colocó una escopeta entre las manos.

Mi padre me miró fijamente en los ojos esperando de mí una proeza.

¡PUM!

¡PUM!

¡PUM!

Mis manos de niño solo acertaron a tocar las campanas.

— ¡Cura, no se hable más!, dijo mi padre mientras cientos de palomas emigraban ateridas.

En el interior de mi cabeza los disparos, todavía.

Como esa verja.

No supe qué decir ante mi padre. No lo supe.

Y ese silencio me acompañó junto a la bandada de palomas que llegaron juntas en los años cuarenta cuando abrí la verja de este Hogar del Auxilio Social.

Aquí el mundo se detenía, se acababa.

Esas niñas de aquí eran mi sombra de niño.

La sombra de la guerra en la infancia.

Y esa tristeza no te permite verter lágrimas porque va acumulándose en secreto como la nieve durante una noche sin viento.

Alguien cierra de un portazo la verja.

¿Lo has oído?

— Sí. Ya están aquí.

¿Se habrán ido?

¿Serán los lobos hambrientos?

Pero otros pasos resuenan en mi cabeza.

— ¡Cura!, dijo mi padre.

Y yo sentí mi primera vocación: estrangular a aquel hombre con mis manos.

*

El bastón de ANA, en mitad del patio, rompe un copo en mil cristales.

Mira a su alrededor: un cuadrado perfecto del que miles de puertas y ventanas vigilantes llevan al interior.

Y al elevar los ojos encuentra las campanas de la iglesia llenas de herrumbre y óxido.

MATILDE contempla el cielo en los ojos de ANA.

Vida, muerte, amor, todo aquí es sin respuesta.

Entre ellas una línea difusa se echa a navegar por otros cuerpos de la memoria.

ANA

Quiero morir de amor esta tarde en el campo.

Lo escribiste tú, ¿te acuerdas?

Me viene ese verso ahora.

Cuánto silencio.

De niña, sobre esas piedras, esperaba el tañer de las campanas.

Siempre un difunto.

Las cuidadoras, el capellán, todos aquí se santiguaban.

Y yo lo hacía no sin antes haber impregnado mis dedos en el musgo.

Oler a campo al final de un verso.

Quise morir ese día. No morir de morir. No. Otra clase de muerte.

¿Te acuerdas?

Dejar de ser por un instante. Dejar de ser para poder ser algo en el mundo. Necesitaba ensanchar las paredes de mí. ¿Lo entiendes?

Esa sensación sigue intacta después de muchos años.

Entremos dentro, hace frío.

[Aunque yo ya no sé de qué tiemblo]

Y MATILDE calla, o dice lo que dice en un susurro inaudible, con una voz tan delicada que casi duele.

MATILDE

Qué hermosas vistas para morir contigo.